

MORAL NAVAL MILITAR

Por

Ladislao D'HAINAUT F.,
Capitán de navío, Armada de Chile

En 1952 se publicó un artículo en la "Revista de Marina" titulado "Los Valores Morales", escrito por el teniente coronel E. J. Debau, y traducido de la "Revue de Defense Nationale".

En él destacaba la grandeza de las fuerzas morales en el plano militar, y de cómo podían llegar a suplirse, por medio de ellas, deficiencias de orden material. Todo ello bajo el supuesto que se exigiera de lo moral, no más allá de lo que por su naturaleza puede dar.

Según lo anterior, la expresión de Cochrane: "En la Marina de Chile la palabra imposible debe suprimirse, o no debe existir" tiene un gran mérito, si bien es un simbolismo.

Hay muchos ejemplos históricos en que, pretendiendo hacer uso de las fuerzas morales bajo determinada mística, llevada ésta a lo fanático, sólo se ha logrado ruina y dolor.

El caso de Hitler, en las postrimerías de 1944 y 45, es uno de los más modernos en tiempo de guerra. Exacerbado por los continuos reveses y desastres en los frentes de batalla, desastres de los cuales era responsable en gran medida y que —como parece ser una constante— achacaba a terceros, pretendió traspasar sus propias satánicas convicciones, no sólo a

las FF.AA., sino a todo el pueblo alemán, conminándolo a luchar hasta el fin y a pesar de los infinitos factores adversos con que se sobrellevaba la guerra en las postrimerías del conflicto.

Es evidente que el medio ambiente, la psicología de esa raza, su ancestro y por sobre todo, la educación recibida durante el naciismo, habían preparado en gran medida las mentes para hacerlas receptivas a buena parte del fanatismo del jefe; todo esto, debidamente vigilado por un régimen que ha motivado estudios psicológicos sobre la tiranía, por lo perfecto de la centralización de los poderes de un Estado moderno cuando aquello ocurre.

De todas maneras, este caso sería como el negativo de unas fuerzas morales encauzadas hacia logros mejores y el caso revela, a pesar de todo (malgrait tout), que efectivamente las fuerzas morales tienen un valor inmenso no sólo en las FF.AA., sino que en las masas de la población, y esto es lo de cuidado, pues por medio del mañoso empleo de ellas, el producto obtenido puede ser bastante predecible, y altamente peligroso, tanto para la propia sociedad interna, como para sus vecinos, próximos o lejanos.

Todos los 21 de mayo recordamos los valores morales que destacaron en Iquique y produjeron ese caso memorable de resistir hasta la muerte ante un enemigo muy superior y ante el cual, según cánones corrientes del mundo en esa época, no habría sido deshonoroso arriar la bandera tras cierta resistencia.

Prat realmente se apoderó de la voluntad de su tripulación identificándola con la suya propia de marcar un rumbo de gloria en el compromiso de la Armada para con la Patria en peligro. Pero no se apoderó de su gente anulando su voluntad sino, por el contrario, llenó de amor hacia esta Patria a esos hombres, que inflamados por esa enorme fuerza, allí prefirieron la muerte como único destino.

Las FF.AA., que cultivan el mando, deben preocuparse extremadamente en todos los aspectos que dicen relación con las fuerzas morales que animan a los individuos, y saber reconocer lo más tempranamente posible a quienes las poseen como don natural, pues ellos serán des-

pues los mejores jefes, y ejercitar en general, todas aquellas que deben poseer, en grado aceptable por lo menos, todos sus miembros.

Nuestra Ordenanza de la Armada, sabiamente, señala claramente en su capítulo N° 1, título XI, aspectos de Moral-Naval-Militar y dice:

Art. 191.—Siempre, y cada vez con más influencia, las fuerzas morales juegan un decisivo papel en la vida de los pueblos, tanto en la paz como en la guerra. De los dictados de esta ley natural nace, para cada uno de los miembros de la Armada, el deber de dar a este factor la importancia capital que merece.

Luego, la Ordenanza de la Armada señala como fuerzas morales —o virtudes morales como las llama— que deben inspirar los actos de todo marino y que constituyen la base en que se apoya el deber militar, a las siguientes:

Honor Militar - Espíritu de Cuerpo - Subordinación - Disciplina - Entusiasmo - Cumplimiento del Deber - Iniciativa - Espíritu Militar - Cooperación.

Luego define cada una de ellas y, más aún, en los artículos 193 - 194 - 195 y 196 las complementan con unas especies de virtudes teologales respecto de las capitales, llamándolas: Por el bien del Servicio - Solidaridad - Tradiciones Navales.

Sin duda, lo anterior no es sólo un código de ética militar, sino que de honor cívico y militar y me atrevería a decir, cívico-militar-humanista.

Un ejemplo de uno de los valores morales, el entusiasmo. El poeta Goethe presencié la batalla de Valmy (se le ha llamado el cañoneo de Valmy), y el mismo día exclamó: la historia desde hoy seguirá un nuevo rumbo. Su genio intuyó que "algo había cambiado". Ese algo, me explico, no pudo ser otro que el entusiasmo demostrado por las indisciplinadas e inexpertas tropas del improvisado Ejército francés de 1794.

John Paul Jones dio ejemplo notable no sólo de valor y espíritu militar en el caso de su combate contra la HMS "Serapis" logrando capturarla con su propio buque hundiéndose y su famosa frase: "Aún no he empezado a combatir" en circunstancias que estaba siendo destruido.

Chile tiene una historia riquísima en episodios heroicos y una constante en ella es el adorno de virtudes y grandes valores morales en sus jefes civiles y militares, sin que ello obste a encontrar entre ellos fuertes personalidades con pasiones y poderosos sentimientos personales. Pero, sin embargo, así también vibró en todos ellos un enorme sentido patriótico por sobre todos los demás elementos de sus personalidades.

No obstante los valores o fuerzas morales precitadas, habría otra que distinguió sobremanera a los jefes nacionales y en especial a los Presidentes y fue un sentido de austeridad y enorme dignidad. Don Francisco Antonio Encina lo hace notar en sus escritos y lo atribuye, en especial, a la cepa castellano-vasca de la mayoría de ellos.

Es inevitable que la complejidad creciente de la tecnología obligue a la Institución a prestar creciente apoyo y preocupación por la instrucción y capacitación técnica de oficiales y personal indispensable para operar y mantener con éxito las nuevas futuras unidades navales y esto puede atentar contra la esencial atención que debe darse en la formación y mantención de los valores morales.

No tiene nada de sencillo la instrucción sobre moral naval-militar. Por el contrario, determinados temas técnico-profesionales, sean artillería, electrónica, táctica, comunicaciones, control de averías, etc., etc., se hacen corrientemente en forma excelente, pero cuando se trata, sin ir más lejos, sobre entusiasmos —espíritu de cuerpo— honor militar, etc., rara vez uno ve o escucha conferencias o instrucción de buen nivel, o por lo menos que denote algo más que una repetición de ideas de los pocos libros que, invariablemente, se nota han sido consultados.

Me parece que si hay algo que requiere gran dedicación, esfuerzo y el mayor cuidado, es la más simple de las charlas, conferencias o instrucción que deba efectuarse a un grupo de hombres así ellos sean grumetes, gente de mar, sargentos, operarios, clases, suboficiales, oficiales jefes.

Enormes fuerzas apoyadas en toda clase de medios de comunicaciones ponen a diario al individuo en contacto con toda suerte de ideas, siendo cada vez más

difícil sustraerse al hecho casi inevitable de encontrarse prácticamente cogido por la maraña de informaciones dirigidas, todas ellas en cierto sentido. No puede pedirse que todo el mundo tenga el criterio y sangre fría suficientes para permanecer indiferente o inquebrantable en una determinada línea de conducta si no se va ayudando ininterrumpidamente a ese individuo a saber distinguir siempre dónde está su verdadero lugar y cuáles son los valores que debe tratar de conservar intactos, pues sólo esos valores son los que han de servir realmente a la Institución para que pueda seguir cumpliendo su verdadera misión.

Una Armada o un Ejército sin planes adecuados, serviría de poco aun cuando tuviera buenos medios materiales, pues producido un conflicto, sólo podría actuar en desorden y bajo la improvisación. Del mismo modo, si su elemento humano no tiene una constante muy elevada entre sus miembros, en valores morales positivos, no solamente en un conflicto tendría pocas posibilidades de vencer, sino que, lo que puede ser peor, haría entrar en disolución a su Institución en plena paz.

Conviene reflexionar una vez más sobre un hecho que escapa —corrientemente— a muchos de quienes deben mandar o tienen que obedecer. Nótese que se ha escrito: "Deben" mandar, y "tienen" que obedecer.

Ocurre que el mando es un hecho humano, porque el ser humano es reflexivo, pero el mando, que presupone una autoridad, no es algo natural, salvo casos excepcionales. Es una necesidad social. No es algo natural. Uno de los casos de excepción, por excelencia, es la autoridad del padre sobre el hijo. ¿Por qué? Porque existe el amor filial, pues es normal que el padre ame al hijo y ello representa el vínculo.

Como lo que vincula al superior con el subordinado es el fin común y cuando éste no se ve claro, surgen las dudas.

Por lo anterior, cultivar las fuerzas morales desde la más temprana edad es una necesidad real en los pueblos, lo que en las FF.AA. se torna vital. Y más allá del cultivo de estas fuerzas morales es de importancia imponderable la cabal comprensión de las bases de la sociedad, de

que en el mando, su filosofía, el poder, la autoridad, las exigencias, la voluntad, la sensibilidad, las etapas de la obediencia, los derechos y deberes, la desobediencia, en fin, el estudio en profundidad de lo que se podría llamar genéricamente la filosofía del mando, es esencial, ya que las FF.AA. viven de él y cultivarlo es un problema real de cada día.

Me parece que en la Armada podría darse mayor énfasis en los aspectos que señalo y volverse a dar más importancia

a la filosofía en la propia Escuela Naval, disciplian sin la cual, difícilmente se van a dominar los rudimentos de sicología, la que es de necesidad diaria para el manejo de las personas, considerando que mientras más perfecto es el ejercicio del mando, más fácil resulta la identificación de la voluntad de los subordinados con el superior.

En ello está la clave de la perfecta obediencia.

